

llescas; y Lesseps, como los acontecimientos lo demostraron luego, para todo servía menos para la inacción.

El día 8 de mayo, el ministro de Negocios extranjeros recibió al nuevo plenipotenciario, que se apresuró a aceptar su misión y se ofreció a partir dentro de dos horas, si era necesario. Drouyn de Lhuys, algo sorprendido de aquel ardor, calmó suavemente a Lesseps y le entregó sus instrucciones escritas. Estas indicaban menos la conducta a seguir que los peligros a evitar. Los peligros eran muchos, tantos que hubieran acobardado una buena voluntad menos robusta. El enviado francés había de «consagrarse a las negociaciones y a las relaciones que establecer con las autoridades y las poblaciones romanas,» pero al mismo tiempo había de abstenerse de todo lo que pudiese hacer creer a dichas autoridades «que se las consideraba como un gobierno regular.» Los arreglos con la República romana sólo habían de ser parciales. El número de cosas y personas con quienes había que tener cuidado era infinito. Tenía que guardarse «de herir las susceptibilidades del Padre Santo.» Convenía no disgustar a los diplomáticos reunidos en conferencia en Gaeta. Era punto esencial el sustraer los Estados de la Iglesia «a la anarquía que los desolaba,» y evitar que «el porvenir fuese comprometido por una ciega reacción.»

Además, el negociador había de mantener «relaciones íntimas y de toda confianza con el general Oudinot;» ponerse de acuerdo con el Sr. de Harcourt, embajador cerca de la Santa Sede, y entenderse con el señor de Rayneval, ministro acreditado cerca de la corte de Nápoles. «Tales son, decía Drouyn de Lhuys, las únicas instrucciones que puedo daros en este momento... Vuestro juicio recto y claro os inspirará según las circunstancias.» La conferencia del ministro con su subordinado no aclaró mucho aquellas vagas recomendaciones. Un diplomático encanecido en el oficio hubiera apreciado en seguida lo vano de aquella misión, y según su temperamento, la hubiera declinado como indigna de él, ó la hubiera aceptado como uno de esos papeles desairados que exigen sobre todo mucha resignación. Pero ya porque contara vencer todos los obstáculos, ya porque, á imitación de muchos antiguos agentes consulares, tuviera deseos de entrar en la gran política, Lesseps no formuló ninguna objeción. Aquel mismo día habló con el presidente del consejo, que le pareció preocupado sobre todo por el voto parlamentario del día antes y deseoso de conformarse con él. Fué recibido por el presidente de la República, quien le recomendó que evitase por encima de todas las cosas el confundir la acción francesa con la de Austria ó Nápoles; enterado de las instrucciones del ministro de Negocios extranjeros, el príncipe las encontró poco precisas, y hubiera sido exceso de indulgencia el juzgarlas de otro modo. Por la noche, Lesseps volvió a ver á Drouyn de Lhuys; pero era la hora de su recepción, y como sus salones estaban llenos de visitas, sólo pudo hablar con él breves instantes. Pocos días después, el nuevo plenipotenciario marchaba en silla de posta camino de Tolón (1).

El 15 de mayo, á la una de la madrugada, Lesseps

(1) M. de Lesseps, *Ma mission à Rome*, págs. 17 y siguientes.

llegó á Castel-di-Guido, donde residía el general en jefe. Encontróle ocupado en reparar el descalabro del 30 de abril y en prepararse para tomar de nuevo la ofensiva. Había reunido provisiones, acumulado municiones y construido hornos; se había hecho dueño de la desembocadura del Tíber para la ocupación de Fiumicino; el desembarque de la brigada Chadeysson había elevado á cerca de diez mil hombres el cuerpo de ejército, y se esperaban nuevos refuerzos. En tal situación, el general, de acuerdo con su Estado mayor, estaba más dispuesto á combatir que á negociar. Sin embargo, acogió con entera cordialidad al enviado de París, y prestóse, con una corrección perfecta, si no con una gran confianza, á las negociaciones que iban á entablarse.

En cuanto á Lesseps, su confianza era grande y su ardor también. Apenas llegado á Castel-di-Guido, partió para Roma acompañado del Sr. de la Tour d'Auvergne. La ciudad se hallaba aún bajo la emoción del combate del 30 de abril, y los numerosos voluntarios que transitaban por las calles le daban un aspecto muy belicoso. Aquel espectáculo impresionó la viva imaginación del enviado francés, y escribió al ministro de Negocios extranjeros que la población entera estaba sobre las armas, habiendo al menos 20 ó 25.000 combatientes serios. El plenipotenciario añadió en su despacho (2) que los señores de la Tour d'Auvergne y Gérard, canciller de la embajada, opinaban lo mismo que él. Bajo aquella impresión, Lesseps se apresuró á visitar á los triunviros; concluyó con ellos una suspensión de armas, que los romanos aprovecharon para enviar un cuerpo de tropas contra los napolitanos; visitó los heridos franceses que aún quedaban en los hospitales de Roma; conferencia con el príncipe Canino; entró en relaciones con Mazzini, de quien recibió un largo despacho que comunicó á Drouyn de Lhuys. El activo diplomático practicaba mil diligencias que, según su propia expresión, «no le dejaban un instante de reposo.» Los romanos no sabían qué deducir de aquella incesante actividad.

Todo el celo de Lesseps iba á ser vano, sin duda, si no se establecían las bases de una negociación seria. Así lo comprendió él. Habiéndose trasladado el 16 de mayo á Castel-di-Guido, donde se encontraban el general en jefe y el Sr. de Harcourt, que había llegado de Gaeta, les sometió una proposición de arreglo que le parecía respetar todas las susceptibilidades. Según este acuerdo, Roma había de «acoger al ejército francés como un ejército de hermanos, y el triunvirato había de cesar en sus funciones y ser reemplazado por un poder ejecutivo provisional que consultaría al país sobre la forma definitiva del gobierno.» Este proyecto mereció la aprobación del general y del Sr. de Harcourt. Falta hacerle aceptar por los romanos, y aquí empezaron las dificultades. Al ver que los franceses estaban dispuestos á tratar con ellos de igual á igual, los italianos aumentaron sus pretensiones. Designáronse tres delegados para examinar el convenio preparado por Lesseps: éstos eran Audinot, Sturbinetti y Cernuschi, reemplazado luego por Agostini. El proyecto fué desechado. Infatigable en su buena voluntad, el plenipotenciario francés

(2) Despacho del Sr. de Lesseps al señor ministro de Negocios extranjeros, 16 de mayo de 1849.

redactó una nueva proposición que se diferenciaba de la primera en que no establecía la dimisión del triunvirato. También este sacrificio resultó inútil. Sometido á la Asamblea constituyente romana, el nuevo convenio fué desechado. El 19 de mayo, los triunviros notificaron á Lesseps el acuerdo de la Asamblea en una carta alta. «La Constituyente, decían en substancia, ha notado que no se nombra á la República romana para nada, y esa omisión le ha parecido indicio de intenciones desfavorables. El nuevo proyecto no da más garantías que las ofrecidas por Oudinot en sus proclamas anteriores al 30 de abril. Roma no necesita protección; no se combate en ella; y si algún enemigo se presentase ante sus muros, sabría resistirle con sus propios esfuerzos. En la frontera toscana, en Bolonia es donde hoy se puede proteger á Roma (1).» A este despacho Mazzini añadía una nota confidencial reproduciendo en términos más familiares los mismos argumentos. «¿A qué consultar el país, decía Mazzini, si éste ya ha manifestado su voluntad? Que el gabinete de París reconozca nuestra República, y el general Oudinot podrá ser admitido en nuestro recinto, no como amo, sino como huésped.» Ciertamente que, al rechazar las proposiciones francesas, los triunviros anunciaban que reanudarían las negociaciones sobre otra base. Pero transcurrieron tres días sin que transmitiesen más que una especie de proyecto irrisorio, comunicado por el encargado de negocios de los Estados Unidos. Al mismo tiempo aumentaban las exigencias del gobierno romano. Un día se quejaba de que los correos hubiesen sido detenidos fuera de la Puerta Angélica; otro día denunciaba con mucha vivacidad el paso del Tíber, cerca de San Paolo, por un destacamento de soldados franceses. A ejemplo de los triunviros, la población se volvía también arrogante. El 21 de mayo, varios grupos hostiles hicieron manifestaciones tumultuosas ante la embajada de Francia, uno de cuyos coches fué acogido con silbidos é insultos. Tal fué la primera recompensa de las intenciones generosas de Lesseps.

Otro cualquiera hubiese perdido la confianza y esperado con paciencia nuevas instrucciones ó la orden de retirarse. Lesseps era ya el hombre tenaz que nuestra generación ha conocido. El 22 de mayo, en un despacho al ministro de Negocios extranjeros, insistió para que se prolongase la suspensión de hostilidades y se enviasen refuerzos y sobre todo material de sitio á Oudinot. Con una ingenuidad no exenta de malicia, confesaba hallarse en desacuerdo con sus colegas (2). Las repetidas instancias del general Oudinot no lograban vencer las robustas esperanzas del diplomático... «Os rogamos que no encadenéis por más tiempo nuestra libertad de acción, le escribía el general en jefe con fecha de 23 de mayo... En esto soy intérprete de todos mis compañeros de armas.»

La insinuante habilidad de Lesseps parecía gastarse inútilmente. Se indisponía poco á poco con el ejército francés, sin conciliar las buenas disposiciones del pueblo romano. El partido moderado no le ayudaba en nada. El lenguaje de los triunviros era cada vez más acerbo. Los clubs designaban ya al enviado francés como un

(1) El triunvirato al Sr. de Lesseps, 19 de mayo.

(2) M. de Lesseps al señor ministro de Negocios extranjeros, 22 de mayo.

nuevo Rossi, y le amenazaban con el puñal. Esta situación se hizo tan insoportable, que el 24 de mayo Lesseps salió de Roma y se instaló á cuatro kilómetros de la ciudad, en la villa Santucci, donde el general Oudinot y su Estado mayor acababan de fijar su residencia.

El ministro plenipotenciario fué allí objeto de cortes atenciones, pero pudo convencerse de que nadie compartía sus ideas. Aquel aislamiento empezó á asustarle.

No recibía de París ninguna instrucción, á pesar de que enviaba telegrama sobre telegrama á Drouyn de Lhuys. Privado de las instrucciones de su jefe, á Lesseps le costaba trabajo contener los murmullos cada vez más acentuados del ejército. Se había recibido en el campamento francés la carta del presidente de la República al general Oudinot; un estímulo procedente de tan alto había suscitado el deseo de una pronta revancha. Los jefes militares más previsores temían la proximidad de la estación de las fiebres, tan peligrosa en la campiña romana, y en su celo por la salud de los soldados, insistían para que se precipitase el desenlace.

La noticia de que los austriacos habían vuelto á tomar la ofensiva proporcionaba otro argumento á los partidarios de la acción. «Para impedir que entren en Roma, decía el general Oudinot, es preciso que nos adelantemos nosotros, entrando sin tardanza en ella.» Por otra parte, el efectivo de las tropas francesas había aumentado tanto, que el éxito parecía asegurado. El 25 de mayo, el cuerpo expedicionario se elevaba á cerca de veinte mil hombres, distribuidos en tres divisiones mandadas por los generales Regnaud de Saint-Jean d'Angely, Rostolan y Gueswiller. El estado moral de las tropas era tan satisfactorio como su estado material; y todo el mundo decía que era lástima exponer aquellos valientes soldados á aniquilarse bajo la influencia de la malaria, por intentar conciliaciones imposibles. Estas consideraciones habían sido expuestas con extraordinario calor en un consejo de guerra celebrado el 24 y había sido necesaria toda la influencia del general Mollière para calmar un poco la impaciencia de todos.

Por otra parte, Lesseps no ignoraba el descontento que su conducta producía entre los diplomáticos reunidos en conferencia en Gaeta, y tropezaba, por último, con la desaprobación de los dos embajadores franceses acreditados cerca de la Santa Sede y de la corte de Nápoles. Era necesario poner término á semejante situación, y así lo comprendía el mismo Lesseps. El 29 de mayo, el plenipotenciario francés, de acuerdo con el general Oudinot, dirigió á las autoridades romanas una postrera proposición de arreglo resumida en estos cuatro artículos:

«ARTÍCULO PRIMERO. Los romanos piden la protección de la República francesa.

»ART. 2.º Francia no contesta á las autoridades romanas el derecho de pronunciarse libremente sobre la forma de gobierno.

»ART. 3.º El ejército francés será recibido por los romanos como un ejército amigo; tomará los acantonamientos que estime convenientes tanto para la defensa del país cuanto para la salubridad de sus tropas, y permanecerá ajeno á la administración del país.

»ART. 4.º La República francesa garantiza contra

toda invasión extranjera el territorio ocupado por sus tropas.»

Después de un cambio de notas, el triunvirato romano propuso el contraproyecto siguiente:

«ARTÍCULO PRIMERO. Los romanos, llenos de fe hoy como siempre en la amistad y en el apoyo fraternal de la República francesa, reclaman la cesación hasta de las apariencias de hostilidad y el establecimiento de las relaciones que han de ser la expresión de ese apoyo fraternal.

»ART. 2.º Los romanos tienen como garantía de sus derechos políticos el artículo 5.º de la Constitución francesa.

»ART. 3.º El ejército francés será considerado por los romanos como un ejército amigo y acogido como tal; tomará, de acuerdo con la República romana, los acantonamientos que juzgue convenientes... Roma es sagrada para sus amigos como para sus enemigos y no va incluida en estos acantonamientos.»

La simple lectura de este contraproyecto bastaba para demostrar su carácter. Francia, no sólo reconocía la República romana, sino que se constituía en protectora y garante de ella. El ejército francés no era ya más que un centinela destinado á proteger á la demagogia contra las fuerzas de Austria, España y Nápoles. Pero un centinela del cual se desconfiaba, puesto que se le prohibía la entrada en la ciudad, como si su presencia en Roma hubiese sido una amenaza ó una humillación.

¿Cómo pudo Lesseps aceptar ó discutir tan extraño convenio? Estaba en la creencia de que Roma era aún más malsana que su campiña; que la ocupación de la ciudad sería la señal de algún acto de vandalismo ó de locura de parte de los demagogos extranjeros; que las relaciones entre las autoridades francesas y las auto-

ridades romanas originarían mil dificultades. Estas consideraciones explican, sin justificarla, su adhesión á tan extraordinario convenio. Oudinot, no solamente se negó á firmarlo, sino que manifestó su desaprobación en términos de una lamentable violencia, y declaró categóricamente que no retardaría más tiempo las hostilidades. Por su parte, Lesseps contestó que iba á regresar á París, á fin de pedir á su gobierno la ratificación del proyecto votado por la Asamblea romana.

La ruptura entre el cuartel general y la legación francesa era, pues, completa. Tan penosa situación duró poco. El gabinete de París por fin se había decidido á hablar. El 1.º de junio, en el momento en que Lesseps se disponía á salir de Roma para Francia, el canciller de la embajada le entregó un despacho del ministro de Negocios extranjeros que daba por terminada su misión. El mismo correo acababa de traer al cuartel general francés la ansiada orden de ataque.

Lesseps partió en seguida. En aquella época había contraído ya la costumbre de viajar de prisa. El 5 de junio, estaba de regreso en París, donde encontró una nueva Asamblea instalada en el Palacio Borbón y muy diferente de su antecesora. Aquel cambio pudo explicarle mejor que nada su desgracia. La orden de su llamamiento había salido de París el 29 de mayo; el día antes, la Asamblea legislativa había celebrado su sesión inaugural. Como la nueva Asamblea estaba dispuesta á la acción, se necesitaba, no ya un diplomático para negociar, sino de un general para combatir. Lesseps no sólo fué llamado, sino que se le mandó comparecer ante el consejo de Estado que censuró su conducta. Pero hay á veces desgracias venturosas; y el negociador, desviado de la carrera diplomática, adquirió más tarde, por vía muy diferente, la más duradera de las celebridades.

LIBRO DÉCIMOTERCERO

LAS ELECCIONES PARA LA ASAMBLEA LEGISLATIVA

- SUMARIO: I.—La Asamblea constituyente después del voto de la proposición Rateau.—Ley sobre el Consejo de Estado; ley electoral; presupuesto
- II.—Estado del espíritu público: dos corrientes extremas.—De una parte regresión á los principios conservadores: causas que favorecen esta regresión: los procesos y sus enseñanzas; proceso de los insurrectos de junio, de los asesinos del general Brea, de los insurrectos de Limoges, de los autores del atentado del 15 de mayo: cuentas del gobierno provisional y dictamen de M. Ducos; impulso enérgico dado al partido del orden: el mariscal Bugeaud; M. León Faucher; el general Changarnier.—De otra parte el partido socialista crece: transformación que ha sufrido desde el 24 de febrero: agentes de propaganda que emplea; favorable éxito de esta propaganda principalmente en los departamentos más apartados; apoyo que los socialistas encuentran en la Asamblea constituyente; la Montaña y una parte de la izquierda republicana coligadas contra el ministerio.
- III.—Período electoral: dos partidos frente á frente.—Partido conservador: el comité de la calle de Poitiers: su manifiesto; su espíritu de conciliación; incertidumbre acerca de ciertas candidaturas; suscripción; distribución de folletos.—Partido socialista: su acción; sus manejos.—Escrupulosa neutralidad del gobierno; cómo se explica esta reserva.
- IV.—Las elecciones: en medio de qué dolorosas preocupaciones se verifican; derrota del general Oudinot delante de Roma (30 de abril); el cólera; debates irritantes en la Asamblea y represalias del poder.
- V (Extracto del texto de M. de La Gorce).—Resultado de las elecciones: tremenda derrota de los hombres de Febrero y de los republicanos moderados; triunfo relativo de los republicanos socialistas; triunfo brillante del partido del orden.—Sentimientos que dominan entre los conservadores, en el Elíseo y entre los republicanos.—Últimas sesiones de la Constituyente: recriminaciones y escándalos; discurso de M. Armando Marrast en el momento de disolverse la Asamblea.—Juicio acerca de la Constituyente; sus méritos y sus faltas.—Instalación de la Asamblea legislativa: M. Dupin nombrado presidente: modificaciones ministeriales.—La mayoría está, en lo sucesivo, en la derecha: doble consecuencia de este cambio.

I

¿Qué ocurría en Francia mientras Italia era teatro de los sucesos que acabamos de relatar?

Hemos visto que la Asamblea constituyente había aceptado, en 14 de febrero, la proposición Rateau con la enmienda de M. Lanjuinais, fijando de este modo el término de su poder. Al condenarse á una desaparición próxima, había tenido empeño en despachar su orden del día y había decidido que, antes de disolverse, votaría la ley electoral, la ley sobre la responsabilidad del presidente y de sus ministros, la ley sobre el Consejo de Estado y finalmente el presupuesto de 1849.

Fiel á este programa, había terminado sin tardanza la ley sobre el Consejo de Estado, que ya había pasado por el trámite de las dos primeras lecturas. Según los preceptos de esta ley, los consejeros habían de ser no escogidos por el poder ejecutivo, sino elegidos por la Asamblea; solamente los relatores eran nombrados por el jefe del Estado; las plazas de auditores se proveían por concurso; el servicio extraordinario quedaba suprimido; todos los proyectos de ley emanados de la iniciativa gubernamental, excepto las leyes de hacienda y las declaradas urgentes, debían ser sometidas al examen previo del consejo; y en cuanto á las proposiciones debidas á la iniciativa parlamentaria, únicamente pasaban á él cuando la Asamblea lo ordenaba. El consejo se dividía en tres secciones: la de legislación, la de administración y la de lo contencioso; esta última llegó á ser un verdadero tribunal administrativo que dictaba decisiones con fuerza ejecutoria. En este aumento de las atribuciones del consejo de Estado veíase el pensamiento

de los autores de la Constitución que, en defecto de Cámara alta, habían querido transformar ese cuerpo en una especie de poder moderador; pero bien se comprendía que tal pensamiento sería vano, porque no era de suponer que los consejeros salidos del sufragio de la Asamblea y que esperaban de ésta su reelección fuesen capaces de fiscalizarla ó contenerla.

Una vez votada la ley sobre el Consejo de Estado, ocupóse en seguida la Asamblea de la ley electoral, que no hacía sino confirmar el decreto del gobierno provisional que había instituido el sufragio universal. Concedíase el derecho de sufragio á todo francés no declarado indigno, que tuviese un domicilio con seis meses de residencia; el voto por cantones quedaba subsistente, pero para facilitar el cumplimiento del deber cívico podía dividirse el cantón en varias circunscripciones electorales; los militares en activo servicio seguían siendo electores, salvo los pertenecientes á cuerpo de ejército en campaña, y finalmente, ya por natural desconfianza, ya como reacción contra el régimen de Julio, multitud de categorías de funcionarios eran declarados inelegibles. La ley electoral, votada en 15 de marzo, fué promulgada el 19 y casi inmediatamente comenzó la discusión del presupuesto.

II

Por graves que fueran estos debates, el país no les prestaba atención y aun los representantes asistían á ellos distraídos no pocas veces; y es que aquella Asamblea que iba á morir despertaba ya muy poco interés y todas las miradas se dirigían no al palacio Borbón, sino